

DIA DE LA JUVENTUD

Wilfredo Linares

En un país acostumbrado a celebraciones y conmemoraciones ritualistas, protocolares y perezosas tan unicolores o bicolores como la estabilidad política, la más normal y evidente referencia a la realidad en relación a alguna de esas conmemoraciones produce reacciones propias de pieles hipersensibles a la crítica y al diálogo democrático y pluralista. Otra muestra ha sido la celebración del día de la juventud el pasado 12 de febrero. Entre los tantos actos programados por el Estado a lo largo y ancho del país, la Gobernación de Caracas previó uno en La Pastora, precisamente en la Puerta de Caracas, al cual asistió el propio Gobernador Contreras Laguado y la Ministra de la Juventud entre otras autoridades. El acto contaba, además, con un desfile de los jóvenes que se preparan para ser oficiales de la Policía Metropolitana.

Por razones que tienen que ver con la historia de la Batalla de La Victoria y, seguramente, con la historia actual, se escogió al seminarista Wilfredo Linares para pronunciar las palabras en nombre de los jóvenes, a las que seguirían las de la Ministra Olivo y el propio Gobernador de Caracas. El calor de medio día, la larga espera y el consabido protocolo acompañaron las primeras palabras del seminarista. De repente, todos, autoridades a la cabeza, comienzan a prestar atención: caras desconcertadas, algunas de reproches, sonrisas cómplices y algunos aplausos ocasionales de apoyo a las palabras del joven que pensó que el mejor homenaje era hablar de las batallas que se le presentan a los jóvenes venezolanos de hoy contra los Boves del siglo XX. Las alusiones tan concretas del seminarista hicieron que el Gobernador Contreras Laguado se saliera de su compostura y sonrisa protocolar, para recordarle que esos no eran momentos para recordarle a la juventud venezolana las cosas desagradables o negativas de nuestra situación.

El discurso de Wilfredo Linares es elocuente por su enraizamiento en la realidad de Caracas y en los retos juveniles auténticamente históricos; por eso se lo ofrecemos a nuestros lectores. Nos atrevemos a preguntarnos qué consecuencias le habrán traído sus palabras: sus Superiores Eclesiásticos habían dado el ejemplo con el Mensaje sobre el desempleo. ¿Volverán a invitar a los seminaristas a estas celebraciones? (N. de la R.)

Sr. Cardenal de Venezuela
Sr. Gobernador del Dto. Federal
Sres. representantes de los Dptos. de la Gobernación de Caracas
Sres. presbíteros y seminaristas
Jóvenes presentes
Estimado público

I. ¿QUE SIGNIFICÓ?

Nos congrega en esta mañana el recuerdo glorioso de aquella Batalla de la Victoria, el 12 de febrero de 1814, donde nuestros jóvenes ofrecen sus nacientes vidas por la libertad de la patria. Pero, ¿saben quiénes conforman el ejército que, bajo el mando de José Félix Ribas, se encamina hacia la victoria para combatir a Boves, "el azote del Cielo"? Son jóvenes que abandonan el Colegio-Seminario de Caracas, primera Universidad de Venezuela, para cambiar sus sotas y sus textos de estudio por las armas y el terreno de batalla, en la búsqueda esperanzada de una patria libre. Ellos declinan alegre y obedientemente su labor estudiantil para servir a la patria en peligro que los reclama: su porte seminarístico se viste, de improviso, de los atavíos propios del soldado y luchan —sin haber nunca antes empuñado un fusil— por el ideal de entonces. Resultado: la inmolación de miles de vidas juveniles y, al mismo tiempo, la contención del tirano republicano cuya sed de sangre parecía nunca saciarse. Tal fue la dura y larga jornada del 12 de febrero de 1814.

Ante este magno acontecimiento debemos subrayar —más allá del simple ejercicio histórico— la participación de aquellos jóvenes seminaristas en la construcción de una Venezuela libre y soberana, de los cuales somos hoy, los aquí presentes, herederos y copartícipes de ideales semejantes. A aquellos seminaristas no los mueve otro amor que el amor a Dios, quien en su designio salvífico preveía la creación de una Venezuela sin yugos ni esclavitudes. Junto a este amor incondicional y desprendido a Dios y a la patria, marcha con ellos la valentía y el arrojo que caracteriza a una existencia joven: no se amilanan ni acobardan frente al poderío destructor del ejército realista sino que con valor y coraje se lanzan a combatir un enemigo que los supera en preparación y en número.

He ahí los componentes que hicieron posible la victoria de estos jóvenes: amor y valentía, o, mejor, amor valiente y decidido que produce libertad.

II. ¿QUE NOS DICE HOY? DESAFIOS...

¿Qué nos dice hoy, a los venezolanos, la Batalla de la Victoria y, en concreto, este Día de la Juventud? En primer lugar, ¡que la lucha no ha terminado! Venezuela, gracias al empeño de muchos hermanos decididos, logró en otro tiempo desembarazarse de la opresión española. Pero en la actualidad continúa atada por otros yugos, menos visibles físicamente, pero más fuertes y difíciles de erradicar que aquellos. Cuando nos percatamos, por propia constatación y a través de los M.C.S, que en nuestro país se irrespeta el derecho a una vida plenamente humana y el derecho a un hogar como asiento legítimo de una familia cristiana, so pretexto de mejoras urbanísticas y mayor confort, tal como lo que se pretende hacer en esta zona donde nos encontramos celebrando la memoria de nuestros héroes, con la continuación de la "Cota Mil" y el desalojo de miles de familias cuyo futuro se encuentra en la incertidumbre; cuando vemos que los inmensos recursos de nuestra tierra no han sido distribuidos de la manera más equitativa y el flagelo de la corrupción mina los intereses comunitarios de la patria que forjaron nuestros libertadores; cuando asistimos al continuo pisoteo de la dignidad humana en aquellos hombres, sobre todo jóvenes, que carecen de un empleo suficientemente remunerado y que, por ello, han sido espiritualmente mutilados por una sociedad venezolana que carece de una legislación que proteja y establezca ayuda para ellos; cuando observamos que, frente a y sobre estos desempleados y subempleados, irritan al sentido cristiano de la vida los exagerados sueldos que perciben altos funcionarios del Estado y, a veces, el desempeño de varios cargos bien remunerados; cuando somos testigos de que familias enteras se deprimen ante el desmedido derroche de organismos oficiales y personas privadas (en viajes, fiestas de bodas, cumpleaños, recepciones, etc.) del que aún tiene el descaro de hacer ostentación a través de la prensa, la Radio y la T.V.; cuando constatamos que en nuestro país se habla y defiende a ul-

DOCUMENTOS

tranza la libertad de expresión y, por otra parte, se niega a la Iglesia el derecho a un acceso propio a los M.C.S. por intereses mezquinos de empresas privadas y estatales, como es el caso de la todavía vetada televisora regional de los Niños Cantores del Zulia; cuando analizamos, en fin, tantos otros males que se suman a esta realidad venezolana, vemos entonces que existe a la luz de la fe un grave pecado de injusticia social y que caminamos muy lejos de la voluntad de Dios, quien ha creado al hombre a su imagen y semejanza, y ante quien llegan los clamores de aquellos trabajadores que han sido defraudados en sus salarios, como lo han denunciado abiertamente los Obispos venezolanos, el pasado enero, ante el grave problema del desempleo y de la injusticia social. Todo ello nos indica que debemos batallar contra enemigos actuales de nuestra patria, contra los "Boves" del siglo veinte, de forma que los venezolanos seamos no sólo libres históricamente sino capaces de vivir en justicia y equidad.

En segundo lugar, la lección de la Batalla de la Victoria nos viene dada en categorías desafiantes: nos plantea el reto de construir en Venezuela la "Civilización del Amor" y de la justicia, como lo proponían los Obispos reunidos en Puebla, México. Tal reto concierne a todos: desde los directivos de la Iglesia hasta los funcionarios del Estado venezolano, desde los aún jóvenes hasta los que en otro tiempo lo fueron. Nadie, entre nosotros, puede renunciar al deber religioso y cívico de liberar a nuestra patria, como tampoco pudieron hacerlo aquellos jóvenes seminaristas de 1814. Pero tal liberación, que debe comprender a la totalidad de la persona humana en su dimensión espiritual y corporal, hemos de realizarla bajo las pautas que nos dieron los jóvenes de la Victoria: amor incondicional y valiente a Dios y a la Patria. Por amor denunciamos todo aquello que separa y aleja al venezolano de Dios y, por él convertimos nuestras vidas en baluartes de la justicia y la igualdad. Ese mismo amor valiente nos empujará, con bríos juveniles que jamás acaban, a luchar en favor de

aquellos hijos de Venezuela que nada tienen y que, en la mayor parte de los casos, son desatendidos por nuestras autoridades.

Los jóvenes, además, tenemos en nuestras manos un desafío específico ineludible: no podremos celebrar, en adelante, una verdadera fiesta de la juventud mientras no seamos los primeros en procurar una Venezuela donde se respete "...la dignidad, la libertad, el derecho de las personas, y esas personas son las nuestras", como nos lo hace ver el Mensaje final del Concilio Vaticano II. De nosotros depende, en gran medida, el cambio de la sociedad cansada y envejecida por los vicios, el egoísmo, los instintos de violencia y de odio. Pongamos, pues, todas nuestras energías en la edificación de un mundo mejor que el de nuestros mayores, siendo generosos, respetuosos y sinceros. En medio de la sombría oscuridad, iluminemos con la luz de Cristo que disipa toda oscuridad de pecado, de forma que con nuestra presencia feliz y festiva, nuestra sed de ideales nobles y elevados, hagamos creíble el mensaje del Evangelio, según manifestación de fe en la juventud venezolana que, hace un año, hiciera el Papa Juan Pablo II en su alocución a los jóvenes en el Stadium Universitario.

III. ¿Y EL PREMIO?


Si todos asumimos nuestro reto, en el respectivo lugar que desempeñamos dentro de la sociedad, ciertamente que aquellos jóvenes de la Victoria estarán orgullosos de los venezolanos que, 172 años más tarde, procuran que la inmólación de sus vidas no haya sido en vano. Y el premio de nuestro esfuerzo, más que monumentos, jornadas conmemorativas, ofrendas florales y discursos bellamente elaborados, será la distribución de los bienes entre las viudas, los huérfanos y los pobres, "...quienes —según apreciación del propio General José Félix Ribas— justamente merecen el recurso de la patria"

¡He dicho!



**ZAPATERIA
DEL NIÑO**

C.C.C. Tamanaco - Nivel C-2
CARACAS



Banco de Maracaibo

fundado en 1882

la entidad bancaria más sólida y antigua del país

EN EL BANCO DE MARACAIBO
SUS AHORROS SE CONVIERTEN
EN UNA META REAL